



Estructura base 'o

saber al Achachila "antepasado". Aunque, en las minas la idea del Achachila parece haber desaparecido, en su lugar se habla más de una asociación del "Tío" con la Virgen, ambos presentes en los socavones.

Al igual que en los ritos de control de lluvias, en este caso, el se ha asociado al "Tío" - "diablo" (muertos) en una misma estructura ritual. La máxima expresión cuando esta estructura se hace visible, está precisamente en los días del carnaval en que los mineros de antaño, disfrazados a semejanza del "Tío", salían de los socavones para bailar en honor de la Virgen de la Candelaria, su "Patrona".

Con esto, lo que queremos plantear es que, en la danza de "la diablada" subyace una vieja realidad relacionada con los ritos para el control de las lluvias. Las entidades sagradas que conforman su estructura así lo prueban: Muertos = Diablos y Achachilas = Virgen.

Sin embargo, existen otros elementos que hacen a la danza de "la



diablada", en los cuales también se pueden encontrar -a partir de principios asociativos- rasgos relacionados con las lluvias. Así, en los disfraces y máscaras de los "diablos" se observa la representación de sapos y serpientes, los mismos que en palabras de Bouysse-Cassagne: "... constituyen, en la meteorología actual de los Andes del centro sur y probablemente de antaño, los principales animales que marcan el paso de la estación de lluvias a la estación seca (...) los sapos así como las serpientes... suelen esconderse de mayo a julio durante la estación seca, y salen de su morada en la estación de lluvias..."

Otro rasgo significativo que nos remite a la idea lluvias en la danza de los "diablos", es el sonido que emiten las monedas que cuelgan en la cintura: "chill chill" o "Chull chull", a manera de una representación onomatopéyica de los sonidos de la caída de lluvias o de los charcos de agua que se forman después.

En resumen, como diría J. G. Frazer (1961), todos estos elementos representan ciertos medios "mágico-homeopáticos" para controlar las lluvias. Por ello, surge la idea de relacionar la danza de "la diablada" con ritos que sirvan a esto propósito.

Guillermo Marcelo Lara Barrientos.
Antropólogo Cochabambino.
Tomado de "El Carnaval de Oruro Tomo I de Carlos Condorco"

Alberto Guerra G.

Qhoya loco

Qhoya loco es un cuento que revela una vivencia real. Sus personajes en actitud respetuosa hacia el Tío, y la influencia de su poder en la sicología de la gente sencilla, es el vivo ejemplo de experiencias repetidas en los ámbitos mineros de Bolivia. Quizá su final un tanto fantástico, explica también por si sólo la saturación de ese mito en el mundo de los trabajadores del subsuelo.

"Me ocurrió al ingresar a interior de una mina. No en las primeras mitades porque esos días estaba temeroso, pensando que tal vez podrían hundirme las galerías y en un instante aplastarme el cerro con sus millones de toneladas. Fue después, cuando algo del miedo hubo perdido. El día que, haciéndome pareja con el Tucán, el jefe me mandó a carrión del buzón tres en el rajo del Capulina. El Tucán por las galerías, protestaba entre explicaciones. Me decía que las troceras ahí eran grandes, que mucha curva para mover en los rieles, que hatos de subida por el suelo, y el calor oyés, me avisaba, asfixia mucho y hay poco aire, yo por detrás, alumbrándome en la espalda con mi lámpara enganchada al guardadojo, y lijándome en la roca dura que por todo lado nos rodeaba, lo seguí los pasos pijchando mi coca, fumando mi kuyuna. Sí maestro, le contestaba, sí maestrito, huevada es, y continuábamos caminando.

Ibamos de una galería con lojos esparcidos a otras con rieles, salímos de ésta a otra caliente, con lluvia de chaka. Y a otra, a otra, distintas todas: cortas, largas, estrechas, amplias, llenas de frío, calor, frío, libra y el ambiente siempre con algo de gases. El Tucán me preguntaba si era nuevo, sí maestrito, de dónde eres, de San Pedro maestrito, lus papás tienes, en la cosecha están maestrito, teaste acostumbrar a la mina, yo le escuchaba, difícil los primeros tiempos, yo callaba, a la vista se reconoce al nuevo, yo le escuchaba, después no se quiere ni salir, arí maestrito, ven por aquí amiguito, ¿maestrito?, ven por aquí te voy a mostrar. Y ahí lo conocí realmente, a los pocos pasos de ese instante. Ya en el exterior mina me habían hablado y dicho muchas cosas sobre él. Yo, antes de recibir de la Gerencia mi orden de ingreso como cartero, lo había imaginado, temido y respelido, pero no sabía concretamente cómo era. Esa mita puede verlo y frente a él sentir miedo y atracción; estaba sentado dentro en una gruta en la roca horadada, tenía un kuyuna apagado en sus labios, sus ojos de canicas, con franjas verdes, azules y rojas, me impresionaban, me asustaban y atraían su cara larga, lisa, plomo, rojiza y sus orejas puntiagudas, sobresaliendo de la cabeza ovalada. Estaba desnudamente sentado y con el miembro grande erecto y grueso. Tenía los brazos pegados al cuerpo déjalo, los pies sin dedos, el cuello envuelto en serpentinias, y a su alrededor botellas -muchas de medicamentos- llenas de quemapecho, y hojas de coca, kuyunas, igual a otros que después vi de diversos tamaños.

- Tío -le dijo el Tucán.

- Tío -le dije.

Nada más. Un momento nos quedamos mirándolo y yo me encontraba embobado. Hacía calor en esa galería y cuando rompi el hechizo y desvíe la cabeza enfocando al Tucán, el sudor de mi cuerpo humedeckía la ropa.

- Tío -volvió a decirle el Tucán.

Yo callé. No quise volver a mirar. Lo tenía en mi mente y estaba impresionado: sení que dentro de mis botas no había dedos, como en los pies de él. Pero una vez más el Tucán dijo Tío y, ¿jacu? Me preguntó. Le seguí hasta el lugar de carrión y esa imagen no pudo borrármela. Pensaba en él, y pensaba volviendo, una y otra vez, reconstruirlo en la forma que lo había visto. Al final de la mita me vi impulsado a verlo nuevamente. Lo saludé y en la noche soñé con él. No recuerdo cómo.

Las mitas posteriores, y a primera hora, antes que el jefe me señalara pareja y el lugar de trabajo, lo primero que hacía era ir donde el Tío.

Los martes y viernes le llevaba coca, quemapecho y kuyunas que le encendía entre los labios ya formados para fumar, me pasaba frente a él, mirándolo, me obsesionaban sus ojos, su rostro, su figura íntegra. Me paraba frente a él, mirándolo, y si algún día no hubiese tenido que trabajar, seguro toda la mita yo me la pasaba mirándolo. Pero no era posible. Había que producir y el jefe varias veces me

llamó la atención. ¿Por qué yana uliu llegas tarde?

Yo entregaba mi tarjeta de asistencia. El jefe me destinaba al carrión. Entonces del buzón chuseaba las troceras, llenaba de carga al carro metalero y con mi compañero empujábamos hasta la parrilla. Carroneábamos y no dejaba de pensar en el Tío: su rostro, sus orejas, su cuerpo, su quietud expectante. Me obsesionaba y fuertemente me atraía ese Tío. Sólo ante él iba y no daba importancia a los otros que eran más grandes, más pequeños, o de igual tamaño que éste, en las demás galerías, en todos los niveles.

Sólo ante él iba y muchas veces como un desesperado corría por las galerías desde la bocamina. Dejaba atrás a todos mis compañeros que ya me llamaban qhoya loco, loco de la mina, qhoya loco, loco de la mina. No les hacia caso y detenía mi carrera frente al Tío. Él siempre estaba lo mismo y yo, después de encenderle un kuyuna, imitándolo me sentaba frente suyo. Me complacía observarlo y colocar mi cuerpo en idéntica postura a la de él. A veces me sentía todo un Tío y muchas otras me costaba romper mi quietud, adquirir movilidad e irme a carrión. Había algo en el Tío que me dejaba estático, apresándose en la imitación de su postura. Pero no daba importancia hasta que en una mita, seguramente por el traquido de los dinamitazos, se desprendió un trozo del techo de su gruta y cayó a su cabeza destrozándola en parte. Yo ese día había sentido dolores por la frente, la sien, la oreja y parte del mentón, en el mismo lado izquierdo que al Tío le faltaban su sien, su oreja y parte de su mentón.

Llegué. Estaba ahí, incompleto, como esperándome con soberbia y reproche en sus ojos, con el brillo de sus canicas de franjas verdes, azules y rojas. Los veo, me atulo, me desespero y entonces me encuentro arañando barro en ambas manos. Luego, las partes que le faltan las construyo con rapidez, como creándolo nuevamente. Lo dejo tal como era, le enciendo un kuyuna y me voy a carrión.

Ese día estaba alegre, más que ningún otro en mi vida. Alegre, pleno y feliz hasta el final de la mita en que voy a verlo, a despedirme como siempre y por algunas horas, ya regresará. Voy a verlo chapoteando de cansancio por las galerías y alguien al pasar le había encendido un kuyuna nuevo. Al llegar vi que el humo tapaba su rostro y súbitamente no resistí el tenerlo frente a mí y no verlo, me acerqué para verlo de más cerca y desde el Tío vi mi propia cara desesperada por apartar ese humo. Vi mi cara de pronto transformarse en pavor por el miedo que sentían esos ojos que querían apartarse de los míos que los retienen absorbiéndolos. Vi desfigurarse mis gestos de obsesión hacia una risa loca, fuerte, delgada que no salía de mis labios de Tío. Vi ese anterior cuerpo mío, retirarse ese anterior cuerpomío, con movimientos bruscos, torpes, perturbados, dementes, nada acostumbrados. Le escuché gritar por las galerías, insular, bromear suavemente.

Desde entonces, con tanta pasión, algún otro, no se detiene a mirarme, con tanta obsesión, algún otro, con tanto quemapecho, kuyunas, coca, algún otro, con esos ojos fascinados, a algún otro Tío están mirando, a algún otro."

Alberto Guerra Gutiérrez. 1930 - 2006.
Poeta, escritor e investigador orureño

